

07.

Bernardo García Díaz, *Tlacotalpan y el renacimiento del son jarocho en Sotavento,*

Xalapa: Museo de Historia de Mendoza,
Universidad Veracruzana, 2016, 191 p.

ISBN en trámite.

La pequeña ciudad de Tlacotalpan, en el Sotavento veracruzano, es un punto en el espacio cuya conformación actual es el resultado de un haz de procesos históricos, representativos del devenir de la región. La posición geográfica al mismo tiempo privilegiada y problemática del centro habitado ha determinado su importancia en términos poblacionales, comerciales y culturales.

El libro de Bernardo García se articula, por un lado, bajo las directrices de un sólido quehacer de historiador; por el otro, a través de la mirada de un entusiasta de Veracruz y su cultura. El interés histórico y la fina mirada analítica se conjugan con el evidente cariño hacia el tema. Las fotografías y las otras imágenes que acompañan el texto no son mera decoración, sino uno de los valiosos aciertos del libro: un aparato iconográfico que, más que ilustrar, ilumina (destacan, por ejemplo, los mapas que aparecen en las páginas 16 y

37, así como las lecturas analíticas que de los mismos se proponen; la protesta social de los pescadores, p. 45; personajes singulares y entrañables como don Cirilo Promotor, p. 48, y don Varo Silva, p. 93; el emblemático Grupo Mono Blanco, p. 72).

En sus primeras páginas, el ensayo plantea uno de los principales ejes de lectura para la historia de la ciudad: la tenacidad y el ingenio humano frente a la hostilidad de la naturaleza y los avatares de la historia: “Detrás de esos muros hubo tenacidad y reciedumbre ciudadana, que lo mismo enfrentó fenómenos naturales [...] que flagelos de carácter sanitario [...] o, incluso, ocupaciones extranjeras” (9). Se aclara rápidamente que el auge económico de la pequeña ciudad pertenece definitivamente al pasado. En las primeras páginas del libro, una interesante paradoja resume la bizarra dialéctica entre lo económico y lo cultural que ha articulado los últimos avatares de Tlacotalpan, los que han configu-



rado su fisonomía actual: “Fue la ausencia del movimiento económico, que ahuyentó capitales e inversiones y detuvo su crecimiento demográfico, además de frenar grandes transformaciones en su tejido urbano, la que posibilitó salvaguardar mucha de la opulencia pretérita, visible en la solidez y el buen gusto de sus construcciones” (10). Tlacotalpan es una estampa de pasados esplendores, evidentemente entrañable a la mirada que en este libro la presenta. Quedan también claros muy pronto el cariño y el entusiasmo del autor hacia el son jarocho, el género lírico-musical tradicional que cristaliza en la época colonial (25), cuya presencia ha otorgado a la ciudad mucha de su actual fama: “Es uno de los grandes tesoros y alegrías que existen en este mundo cada vez más adverso a la felicidad” (10). Se discute el origen racial y social del término “jarocho”, así como su dimensión psicosocial (18, 27). Los mestizajes diversos que compondrán la fisonomía poblacional de la ciudad y de la región, su asociación con oficios y clases sociales, representan una clave de lectura fundamental. La “identidad regional jarocho”, reflexiona García, es un “complejo cultural” que abarca “cocina, indumentaria, un peculiar talante colectivo, y también música y poesía populares muy características y en las que con tanta fortuna se fusionaron tres diferentes mundos, surgidos de los tres continentes en que enraíza el árbol genealógico de los sotaventinos”. Tlacotalpan, “eje de las relaciones” y “punto de contacto”, “estaba llamado a desempeñar un papel protagónico en la irradiación de la idiosincrasia jarocho”

(27-28).

Tlacotalpan nace como pueblo de indios, condición que no conservará mucho tiempo en la época colonial, resultando sus recursos y potenciales (pesqueros, madereros y ganaderos, principalmente, a los cuales se añadirá la industria azucarera), por un lado, y su posición estratégica en términos de navegación fluvial, por el otro, atractivos demasiado poderosos para que los colonos peninsulares no se establecieran en el lugar (12): la historia de la pequeña ciudad queda tempranamente marcada por el sincretismo que atraviesa toda la historia de México, y en especial de un Sotavento a su vez parte de la urdimbre de relaciones tejidas por el área económica y cultural del Gran Caribe (20). La fisonomía urbanística del asentamiento, que en su aspecto todavía visible se termina de configurar en el siglo XVIII, responde tanto a las necesidades climáticas cuanto a una voluntad colectiva de representación, de la ciudad “queriendo ganar su contorno y tipicidad” (21), su identificación como Perla del Papaloapan. En el siglo XIX se añadirá una consciente apuesta por el desarrollo cultural, en sus múltiples facetas (música, artes plásticas, prensa periódica, gastronomía, entre otras), como uno de los pivotes de la configuración identitaria de la localidad (30-32). Tal apuesta por lo cultural será la que mantendrá a flote el renombre de la localidad cuando, en el siglo XX, su importancia económica entrará en franca decadencia y su población se verá drásticamente menguada por la migración masiva. Bernardo García llama



el fenómeno “decadencia con estilo” (49).

El libro se distingue también por suscribir la importancia de la microhistoria y presentárnosla en su forma quizás más entrañable: la anécdota, esa pequeña narración que nos abre una ventana sobre la vida cotidiana y nos acerca a personajes y situaciones, salvando las distancias de tiempo y espacio, dejándonos vislumbrar el genio de los lugares y de la gente que los habita. Podemos así divertirnos, por ejemplo, con la historia de la broma que tres empleados del Ayuntamiento en 1889 le jugaron al gobernador, tlacotalpeño él mismo, el general Juan de la Luz Enríquez, al mismo tiempo que la entendemos como engranaje de los mecanismos que construyen los mitos y, por ende, los imaginarios locales: “Ni siquiera el general Enríquez, distinguido gobernante y orgullo de la población, podía permanecer ajeno a las tradiciones de su tierra natal” (40). También aprendemos de los fandangos que organizaba el comerciante y cantinero Miguel Ramírez, *Caballo Viejo*, transportándonos al ras de la tarima en aquella época en que la fiesta se iba conformando como aun hoy la conocemos, gracias entre otras cosas al interés de quienes actúan como entusiastas y generosos anfitriones (46).

La pasión por el son jarocho aflora una y otra vez en las páginas de la obra de Bernardo García, dando cuenta puntual del renacimiento prometido por el título. No podía faltar la atención dedicada a uno de los grupos más emblemáticos y principal

impulsor de tal renacimiento: el Grupo Mono Blanco. La inclusión en el mismo del legendario versador campesino Arcadio Hidalgo (nombre que de tan simbólico pareciera inventado, pero el Sotavento así es) encarnó la inquietud fundamental de la agrupación, la razón misma de su búsqueda artística y más allá, existencial: “Este regreso a las fuentes vivas, a los manantiales de la sabiduría musical, era para redescubrir los ingredientes locales que atinadamente pensaban contribuían a la esencia tradicional del son y para reconstruir la confianza en las tradiciones originales” (69). El libro no deja de consignar cómo Tlacotalpan, a través de las clases impartidas en su Casa de la Cultura (que contó con directores de la talla del estudioso Humberto Aguirre Tinoco), se volverá uno de los centros neurálgicos de ese renacimiento, que de Veracruz irradiará a los cuatro vientos, trascendiendo inclusive las fronteras nacionales. El análisis a profundidad de la significación que el son jarocho ha llegado a revestir en términos identitarios, en el plano de las representaciones, rebasa los alcances de una reseña.¹

¹ Se sugiere consultar, por ejemplo, el artículo de Ishtar Cardona, “Identidad, tradición y folclore: la reapropiación del son jarocho como patrimonio cultural”. En Arizpe Schlosser, Lourdes (ed.), 2011. Compartir el patrimonio cultural inmaterial: narrativas y representaciones. México: CONACULTA, UNAM.



Finalmente, no quiero dejar de mencionar que el libro de Bernardo García registra y reconoce los otros aportes, pasados y contemporáneos, que han sido fruto tanto del quehacer cultural (musical especialmente) como de la reflexión alrededor del tema, desde la fundamental obra del historiador Antonio García de León hasta la muy reciente aparición de la revista *La manta y la raya*. Me gustaría cerrar con una de las estrofas que el libro recoge, una décima del destacado versador jarocho Fernando Guadarrama, que es una declaración de amor a esta pequeña ciudad ribereña, Patrimonio Cultural de la Humanidad, que con el río Papaloapan “ha mantenido una relación simbiótica secular” (99) en las buenas y en las malas. La décima es parte de una composición escrita en ocasión de la grave inundación que la ciudad sufrió en 2010:

Un beso pongo en tu enagua,
dama de Chalchihuecán,
y una ofrenda al huracán,
Señora y Señor del agua:
díganme en qué pueblo nahua
y en qué vieja religión
he de encontrar la oración
que con el rayo se enfrenta,
que detenga la tormenta
y pare la inundación...

(56) ■

Caterina Camastra
Universidad Nacional
Autónoma de México